

MATEO BOOZ, PERIODISTA Y DRAMATURGO

A comienzos del presente siglo Mateo Booz abandonó el Colegio Nacional de Rosario (según declara él mismo en “La Nación del 20-9-1937), atraído por una inesperada “vocación mercantil”, y se ocupó del registro de venta al por mayor de géneros; bien pronto se arrepintió pues las jornadas eran fatigosas y se tornaban interminables. Finalizada la labor, ya entrada la noche, el gerente le ordenaba ajustar los postigos de la puerta de calle. Ya todo a oscuras y en silencio, y seguro de que sus compañeros dormían tendidos junto al mostrador, ensayaba algunos versos al resplandor de una vela; pero inmediatamente, los otros, exigían silencio... En este trabajo, Booz me recuerda al protagonista de su novela “La ciudad cambió la voz”, Felipe Talavera, dependiente de los Rusiñoles.

Por esa época y en esas circunstancias, Mateo Booz conoció al ilustre dramaturgo uruguayo Florencio Sánchez, el forastero “de aspecto desgarbado, de espaldas estrechas y agobiadas, de tez terrosa y mandíbulas caídas”, que llegaba a Rosario en calidad de periodista para dirigir “La República” y a quien ya se lo consideraba como “una buena pluma”...

Mateo Booz simpatizó profundamente con “el forastero” a quien veía con frecuencia acompañado por políticos notables de la oposición; y un día supo que el director de “La República” debía abandonar el diario y la ciudad, a raíz de un disturbio que promoviera en el teatro Politeama.

Mientras tanto, el improvisado comerciante se entregaba con febril entusiasmo a la creación de nuevas historias y per-

sonajes hasta que la revista "Caras y Caretas" le proporcionó una de sus mayores alegrías de entonces: la publicación de uno de esos "ingenuos cuentejos de la primera juventud", ilustrado por Aurelio Jiménez.

Pocos días después lo sorprende nuevamente la figura desgarrada y magra de Florencio Sánchez: llevaba un traje ajado y "sobre las crenchas", un chambergo pequeño de copa hundida. El ex director de "La República" había sido restituido a su cargo y se acercaba expresamente a Mateo Booz para ofrecerle un empleo en la redacción del diario; aquel cuentejo de "Caras y Caretas" había obrado el milagro... Y le confería el título de Secretario General de Redacción, más largo de palabras que de sueldo.

En el salón de trabajo, muy cerca de su escritorio, estaba el de Sánchez. Ambos escribían artículos fogosos y explosivos contra los políticos oficialistas de esos días, pues era "La República" un diario extremadamente opositor.

Mateo Booz alternaba, pues, su trabajo entre los ardores de la política a través del periodismo y entre las pilas de almanescos y gambronas en la tienda...

En horas de la madrugada buscaba la compañía de Sánchez, y de común acuerdo dirigían sus pasos hacia el "Numantino", oscuro y melancólico despacho de bebidas frías y calientes.

El gran Florencio dialogaba con los chieuelos que allí encontraban y a quienes apodaba "Martillo" y "Canillita"...

Confiesa Booz que su elocuencia lo anonadaba y sólo sabía responder con gestos vencidos ya por las luces del alba aunque estuviera en desacuerdo con Sánchez.

Alguna vez también se llegaron hasta el "Numantino" algunos amigos de Sánchez que estaban de paso por Rosario: José Ingenieros, Fernández Spiro, Carlos de Soussens...

Durante esa época se declaró una huelga general, sangrienta y agitada, en la Refinería Argentina. Sánchez se ausentaba sistemáticamente de la redacción del diario donde casi ya no colaboraba so pretexto de conseguir especiales infor-

maciones sobre los apasionantes disturbios. Mucho se hablaba entonces del “compañero Sánchez”...

La agitación obrera se aplacó y en vísperas de una renovación gubernamental recrudecieron las exaltaciones partidarias. Peligraba la integridad de “La República”, de continuo amenazada, y la redacción era abandonada en plena luz del día.

“Todo esto lo dijo —expresa Booz— con magníficos y sombríos colores, en el Senado Nacional, el doctor Pellegrini. Yo había preparado —continúa— al formidable tribuno los antecedentes y tablas estadísticas para sustentar su pedido de intervención a Santa Fe. La verdad histórica exige declarar que no procedí con métodos muy concienzudos de investigación, y que en mayor menoscabo de la realidad, el doctor Pellegrini, trastocando mis apuntes, mató a los vivos y dio a los muertos el rango de matadores”.

Y más adelante, Booz nos cuenta: “A mi mesa llegaban las presentas víctimas de la autoridad y de asalariadas pandillas de malevos. Traslucían los denunciantes la vanidad de verse en letras de molde. No eran menester otros elementos de comprobación para pergeñar unas narraciones truculentas y unos comentarios iracundos”...

Y luego refiere con suma gracia la queja presentada por un colono italiano en persona que hablaba de persecuciones y abusos cometidos contra él por el Juez de Paz de su distrito. El agricultor insistía en que lo acompañara a “la colonia” para verificar el hecho, cuando comprueba con asombro, que Florencio Sánchez se pone de pie bruscamente, se cala el sombrero y se manifiesta complacido en acompañar al litigante para verificar la exactitud de la denuncia.

Varios días faltó el “camarada” de la imprenta y Mateo Booz hubo de realizar la tarea más pesada. Se temió por entonces un asalto a la redacción del diario y la destrucción de la imprenta, y se esperaba, de un momento a otro, la intervención que sería enviada por el general Roca. Pero nada de ello acaeció y “la fibra opositora” aflojó con el correr de los días.

Una tarde, inesperadamente, reaparece Florencio Sánchez: los trazos descoloridos de sus ropas hablan de sus andanzas por los campos, albergándose en chacras y estancias y haciendo buenas migas con los campesinos y colonos. También traía consigo el rico bagaje de una especial experiencia, “un caudal de tipos humanos, paisajes pintorescos, escenas cargadas de vitalidad”.

Mateo Booz, ya conocía ese mundo de creación, tal vez desde sus charlas en el “Numantino”...

Se origina, a esa sazón, un serio conflicto entre el dueño de la empresa y los redactores, quienes abandonan su lugar de trabajo de “La República”; pero en seguida, respaldados económicamente por un cerealista, fundan *La Epoca*. Estaba con ellos, en la oportunidad, un conocido periodista, Ramón C. Cornell, a cuyo lado Mateo Booz confiesa haber aprendido mucho y sobre todo, “a poner frenos a su desaforada belicosidad de novicio”.

Merced a este nuevo periódico de la tarde, obtenía entradas de favor en los teatros de la ciudad: el Olimpo, el Politeama y la Comedia, adonde acudía noche tras noche en compañía de Florencio Sánchez, quien parecía gozar muy vivamente de algunos espectáculos, que consideraba severamente insufribles.

Sánchez había escrito su sainete titulado “Gente honesta” que no alcanzó a representarse; pues el Intendente, apercibido de que la pieza aludía irónicamente a personajes de la política local, implantó la censura con enérgica decisión.

El país vivía entonces la segunda presidencia del general Roca, y Santa Fe, el gobierno de Iturraspe.

No pasaron muchas noche antes de que el audaz dramaturgo fuera vilmente apaleado en una oscura callejuela de Rosario, y el verlo entrar casi tambaleante, cubierto de moretones, fue el acicate que hizo después “despedir chispas” de la pluma de Mateo Booz y de las de sus compañeros.

Mala época para Sánchez: desaparecía por días enteros —nos cuenta Booz— y volvía en un estado deplorable de indi-

gencia y desamparo. Leía a Booz escenas de sus obras y le hacía conocer a sus personajes... hasta que sobrevino el éxito de "Canillita".

El dramaturgo se ausentó de Rosario, pero mantenía correspondencia con nuestro escritor. Un día le anunció que Jerónimo Podestá le estrenaría una obra en la que tenía fe: "M'hijo el doctor". Y lo invitaba a presenciar el estreno. Efectivamente, Mateo Booz vino entonces a Buenos Aires (agosto de 1903) y asistió a las primeras representaciones. Además, aprovechando la ocasión del viaje, deambuló una semana por los "bares" de esta gran ciudad donde conoció complacido a muchos hombres de letras.

Sánchez y Booz no interrumpieron su amistad: aquél leía a éste el manuscrito de sus piezas. Booz admiraba el talento de Florencio y decía de él:

"Florencio Sánchez poseía un alma fundamentalmente bondadosa y una invencible propensión a compartir las desdichas ajenas. Sus fallas le habrían sido fatales sin el contrapeso de su talento y de su espontaneidad afectuosa. Pero esas fallas no eran nunca en daño de los demás, sino en daño propio" ("La Nación": 20-9-1931).

Prosiguiendo con las características del periodismo santafesino de comienzos del siglo, diré que el 1900 mantuvo un ritmo especial en la provincia, pues las actividades periodísticas —entre otras— alcanzaron alto vuelo. Los diarios se renuevan, se transforman. Cunde en el aire un virtuoso dinamismo. Ya no hay grandes periodistas sino grandes periódicos.

"Otras son las reglas fijadas para el perfecto periodista... Antes se definía por las calidades de escritor; hoy se define por el olfato y agilidad de piernas para descubrir y atrapar las noticias y también por la destreza en componer las páginas mediante el mejor empleo de los variados juegos de titulares" opinaba Booz ("El Litoral"; 15-4-1941).

Ahora los redactores están condenados a la oscuridad, al olvido; ya no se los llama ni siquiera por sus nombres.

Esta nueva organización más audaz y vigorosa no es arbitraria; responde a la mudanza que los años traen consigo.

Mateo Booz se inició, pues, como redactor en "*La República*" "... fue la primera redacción que yo pisé", dice. Era un pequeño recinto donde él trabajaba con emocionado gusto y con tenaz empeño. Sus escritos eran supervisados por su secretario, su hermano Francisco Correa quien, casi infaliblemente, se los retocaba. Este "secretario censor" del diario —*Pancho* en la intimidad— era muy distinto de Miguel Ángel (nuestro Mateo Booz); perteneciente al partido demócrata progresista (cuyas ideas también sustentaba Booz) era muy amigo de Don Lisandro de la Torre. No advirtió a tiempo el talento de su hermano a quien consideraba un "bohemia más" ... "un poetita". En realidad, no lo tenía en cuenta en esa época; pero después reconoció su justo valor.

Mateo Booz sentía un especial cariño por este hermano y a él le dedica su novela "*Aleluyas del Brigadier*": "*Pancho: mucho te quise; mucho te admiré. A tu memoria dedico este libro. M*".

Con respecto a las críticas que recibía sobre sus artículos, Booz nos confiesa:

"... que mi vanidad y la pueril confianza en mis propias fuerzas sufrían en trance un rudo golpe... ¡Y cuánto desé más tarde tener a mi lado un censor tan certero para que me descubriese y podase las galas ociosas y ramplonas del estilo y moderase el galope encabritado de la fantasía!".

El director del diario era entonces don Lisandro de la Torre, joven rosarino de fascinante personalidad, apasionado por la cosa pública y el movimiento de las ideas, y de reconocida y sobresaliente actuación en los acontecimientos políticos de entonces.

Entre otros colaboradores de la redacción, pueden mencionarse a Froilán Ortiz, Mariano de Vedia y Mitre, Eduardo Paganini, Antonio Pareja. Todos eran periodistas aficionados, menos uno, el señor Lara, que era el único profesional, un peruano bondadoso y trabajador —recuerda Booz—, y que a

veces provocaba agrias discusiones, aunque pasajeras, por fortuna...

La responsabilidad de la administración recaía en don José Chiozza. Según dije ya, "La República" era un diario de "insobornable prédica opositora"; por eso Mateo Booz recibió con dolor la noticia de que ese periódico pasaba a otras manos "para hacer el caldo gordo a los situacionistas" que en adelante se desharían en alabanzas para los mandatarios.

Nuestro escritor va recogiendo nuevas experiencias, colabora en otras empresas, se transforma en cuidadoso observador y conoce así a muchos otros periodistas: don Fenelón Guevara, amigo entrañable; a don Ramón Cornel, buen prosista y buen maestro de novicios; a don Jaime Casajuana, activo y fecondo en su trabajo, a Víctor R. Pesenti, pluma ágil e inspirada, muchas veces "blanco de las saetas" de sus compañeros por desdichadas pasiones transitorias. Mateo Booz admiró a Pesenti y lo apreció sinceramente. Fueron amigos.

Años más tarde, ya en Santa Fe, Booz se sumó al cuerpo de redactores de "*Nueva Epoca*", diario formal y circunspeto pero de encendido buen humor y peligrosa oposición. Trabajó allí siete años compartiendo su labor con Gustavo Martínez Zuviría (Hugo Wast) —que aún no era el novelista que hoy conocemos—, con el joven y talentoso Horacio Caillet-Bois y con Carlos Eduardo Carranza ("el sordo Carranza"), dueño de un personalísimo estilo, "relampagueante y caudaloso", que fue su inseparable amigo y colaborador en ciertas circunstancias.

Este periódico tendía a "vapulear al gobierno y a los gubernistas con una marcada propensión al humorismo" y que en varias ocasiones sirvió "para tumbar a ministros y abortar candidaturas" (¡famosos triunfos periodísticos!).

Booz escribió entonces páginas muy celebradas.

Se hace de nuevas amistades que habrían de resultarle entrañables: Salvador Caputto, redactor y director de "El Litoral" (nombre con que se rebautizaba a "La Palabra") quien triunfó con su extraña personalidad periodística.

Pero en cuanto se le brindó la oportunidad, Mateo Booz desertó del periodismo, quehacer agobiante, al que consideraba, sin embargo, como “uno de los varios resortes que han impulsado, en medida mayor de la supuesta, el adelanto de la provincia de Santa Fe”.

Se retiró del periodismo activo a los 39 años (en 1920) para dedicarse de lleno a la literatura de imaginación. Desde entonces data su producción de novelas, relatos y crónicas “desparramados” en diarios y revistas.

Las primeras novelas las había escrito el año anterior, a instancias de Hugo Wast, quien fue en realidad quien descubrió su genio creador. Las tituló *La Reparación* y *El agua de tu cisterna*. Desde entonces se hizo famoso el seudónimo de Mateo Booz, y cuando en cierta oportunidad quiso firmar como Miguel Ángel Correa, ya no le fue posible: el seudónimo —tan eufónico y armonioso— había matado su propio nombre.

También tenía concluidos muchos cuentos aunque más tarde los modificó. Cuando corregía mutilaba tanto sus relatos que a veces quedaban reducidos a la mitad. Rehizo casi todos los cuentos escritos en sus años juveniles.

Booz aludía al martirologio del periodista.

“Los mártires de la profesión —decía— no son solamente los muchos que cayeron en las dos ciudades santafesinas y en los pueblos de la campaña, víctimas de la brutalidad y la exaltación de las pasiones partidistas, sino los otros, los sobrevivientes (viejos servidores de las redacciones o de los talleres) a quienes suelo ver con profunda tristeza, cargados de años y de achaques, sin el retiro a que debiera tener derecho todo hombre que ha consagrado su vida a una actividad honorable y útil. Los que sucumbieron en una celada criminal, siquiera ganaron un suelto necrológico de algunos componedores y la usual protesta del Círculo de la Prensa de Buenos Aires.

Pero de esos otros —prosigue— desechos humanos, nadie se acuerda y hasta cuando se decidió dictar una ley que los

amparara, no faltó quien pretendiera privarlos de ese amparo, no por ellos sino por las supuestas maldades de sus patrones.

¡También los desdichados, después de agotarse escribiendo gacetillas o absorbiendo el vaho de los crisoles, tendrían que cargar con las culpas de los amos! (de "El Litoral" 15-4-1941).

En suma, para Mateo Booz, los periodistas eran verdaderos héroes anónimos; aunque meritorios y capaces, siempre blanco de calumnias; trabajaban largas horas, mal remuneradas, por cierto, y aún se exponían, al salir del trabajo, a la madrugada, al ataque brutal e intempestivo de una cuadrilla de sicarios.

Vidas oscuras y procelosas las de estos seres, documento vivo de la historia de una época.

Además de haber trabajado en "La República" y "La Capital" de Rosario y en "Nueva Epoca" de Santa Fe, Mateo Booz colaboró para "El Litoral" y "La Provincia" de Santa Fe, para "Orientación" de Junín y para otros diarios y revistas de Buenos Aires: "La Nación", "Caras y Caretas", "El Hogar", "Mundo Argentino", "Estampa", "Norte" y en publicaciones de diversa índole.

Una de las obras más representativas sobre el agitado mundo del periodismo y la sacrificada vida de los periodistas, es la comedia "La obra de papá" (o "El Globo") que escribió en colaboración con Carlos Eduardo Carranza, y en una de cuyas escenas, se lee:

Gastón Pierrefite (a don Pascual Godoy): Me felicitaría de no ser periodista... Éste es un *oficio tremendo, don Pascual*". (cuadro 1º).

Si bien Booz no sobresalió como dramaturgo, su amor por el teatro y las manifestaciones de la escena fue profundo y espontáneo.

Escribió esencialmente comedias y uno que otro drama, algunos de ellos en colaboración con su gran amigo Carlos Eduardo Carranza, a quien acabo de citar, como *Refugio de*

Pecadores, El Ángel Custodio, Don Osorio, Un mal sujeto, La obra de papá (o *El Globo*), *Verdaguer quiere suicidarse*. Trabajaron juntos por contrato y cuando se separaron dividieron las ganancias obtenidas.

He aquí el texto del contrato celebrado entre ambos (aparece escrito en una hoja con membrete de “Miguel Ángel Correa, Procurador Titular, San Martín 833, teléfono 981, Santa Fe):

Don Carlos E. Carranza y don M. A. Correa declaran por el presente documento: Que las obras de teatro *La obra de papá, Don Osorio, Un mal sujeto, Refugio de pecadores, Verdaguer quiere suicidarse y El ángel Custodio*, y las narraciones literarias *El salvador de la estirpe, La derrota de Cabarra y El registro N° 13*, son las únicas que pertenecen a la extinta sociedad “Carranza y Booz”. De lo ya elaborado pertenecen exclusivamente al señor Carranza: teatro: *Una cuestión de dignidad* y narraciones literarias *El animal de costumbres y Un ladrón de gallinas*. Pertenecen exclusivamente al señor Correa: Teatro: *El asunto Harrison* y narraciones; *Cucharita de refresco, El crimen del juez y Una obra de caridad*. En caso de publicar algún volumen de narraciones puede el señor Carranza incluir como trabajo propio *El registro N° 13* aparecido en “El Hogar”, y el señor Correa *La Derrota de Cabarra* aparecido en “Caras y Caretas”. Santa Fe, abril 14 de 1923. (Firman: Carlos E. Carranza - M. A. Correa).

He hablado ya sobre la amistad de Florencio Sánchez y Mateo Booz (se conocieron entre 1898 y 1903). Pero es en este momento cuando debo referirme a la insistencia del dramaturgo uruguayo para que nuestro escritor se ensayara escribiendo para el teatro. Nos cuenta Booz: “Alguna vez me invitó a ensayar el teatro; él me abriría las puertas. Alababa, con su generosidad habitual, mis crónicas y relatos periodísticos y decía vislumbrar en el camarada a un comediógrafo. Y se equivocó. Me torcí sobre las cuartillas y salió un dramón que se titulaba “Ley Natural”. Se lo mandé por correo, primorosamente caligrafiado, convencido de que mandaba una cosa de

mucho mérito y, para mí, de importantes perspectivas económicas. Esa feliz opinión que me había formado del hijo primerizo de mi entendimiento, sufrió un golpe mortal; con una carta de palabras afectuosas me dio a entender que aquello no servía y, como premio consuelo, agregó una revista donde publicaba, con amable presentación, unas escenas de mi engendro. Sentenció en suma, que la idea era buena y mala la ejecución. Contesté que aprovechara él la idea y que rompiera el libreto. En lo íntimo sentía yo lastimada mi vanidad de autor en ciernes y víctima de una deplorable incompreensión. Meses después asistí al estreno de "Los derechos de la salud". De pronto salté en mi butaca de espectador: allí estaba mi famosa idea. Entonces advertí cuánta razón tenía Sánchez y cómo, con un excelente asunto, puede uno elaborar un adefesio y puede otro elaborar una obra magistral"... (de "La vida y el arte de un bohemio", conferencia dada por Booz en El Chaco en 1940).

También tuve oportunidad de conocer otra obra de Booz, impresa, y que leí con verdadera curiosidad. Lleva por título *Mecha* y aparece firmada en Rosario, en 1902, por Leo Larroca, seudónimo que adoptara para esa única ocasión y que tal vez constituyera un posible anagrama de "Correa". La obra fue presentada a la Comisión Censora Municipal el día 28 de julio de 1903. Era una zarzuela que se estrenó en el teatro "La Comedia" de Rosario y cuya música compuso el inspirado negro Cayetano Silva, autor de la Marcha de San Lorenzo. Fue éste un esfuerzo de importancia entre sus veinte años de actividad periodística.

Consta de un acto único dividido en tres cuadros. Tiene un vocabulario muy particular, de matices populares, plagado de americanismos (pitar, dragonear, china, forrado, pálpito, abatarse, chambergo, pebete, patacón, batuque, compadrito, guarango, etc.), de voces familiares (plantón, ricura, paparruchas, trampear, gringos, acogotar, crisma, cursi, cargar, etc.) y con la particular exhibición de un "yeísmo" lunfardesco (gaya, yamar, martillo, caniyita, ayá, crioyos, canaya, gayeta,

campaniya, eya, cigarriyos, gayinero, cabayero, etc.) y de términos de peculiar terminación (eternidá, verdá, huéspe, necesidá, comodidá) y otros de peculiar ortografía (zanagoria, trayeto, agüela, juerte, escusa, etc.).

Mecha es una muchacha simple, hasta cierto punto ingenua, pero coqueta, que después de mucho descubre el verdadero amor y cae en cuenta de que ha sido superficial y que sólo se guiaba por los halagos y las lisonjas; los personajes restantes están perfilados con habilidad y gracia: Pedro, constante y leal; Carlos, el vulgar seductor; Bautista, el sirviente especie de "factotum" de ópera; el señor Alegre (oh, ironía del nombre), el "jetattore" de la comedia; Pepa, la ingenua; el señor Amable, padre celoso del honor de su hija; el señor González, el don Juan maduro o el viejo verde carieaturesco.

Rica galería de tipos que anuncia al Booz "cuentista", maestro en la pintura de caracteres.

La enseñanza: triunfa el verdadero amor, la sinceridad de sentimientos, el proceder honrado. El vicio es condenado, la seducción y el engaño no quedan sin castigo.

Fuera de estos dos primeros intentos, el teatro de Booz va adquiriendo una madurez y una seguridad de exposición cada vez mayores. Anotaré algunos ejemplos más sobresalientes.

Refugio de pecadores es una comedia en tres actos cuya acción se desarrolla en Santa Fe en 1921 y que pinta un mundo de corrupción y bajeza. Entre los sobrinos de doña Goya, se dan los envidiosos, los calumniadores, los estafadores, el jugador, el tarambana, el "donjuanesco"... Salva este refugio de deshonor y de vergüenza, la presencia pura y generosa de Ausonia, la hija adoptiva. Algunas escenas se dan un poco forzadas y artificialmente dramáticas; pero el autor logra pintar el ambiente exacto en que se desarrolla la trama de la obra...

El ángel custodio pretende demostrar la ingratitud de los hombres. El final es amargo: la familia Trujillo echa sin consideración a doña Deogracias de la que sólo recibieron beneficios y favores, pues la consideran social y humanamente inferior.

El aljibe de las Magallanes (o *La edad de los novios*) plantea el problema de la diferencia de edad entre los novios y del valor del tiempo en la vida de los hombres. Con el mismo argumento, escribió la novela "La edad de los novios" cuyo final es diferente y "El aljibe de las Carvajales", cuya única modificación reside en el apellido de la familia y en su fácil adaptación para el cinematógrafo.

La suerte de Troitiño, comedia en dos actos y cinco cuadros, es una obra amena, ágil, rica en pasajes plenos de gracia y que tiene por objeto demostrar que el amor hace milagros, puesto que nunca es tarde para casarse y formar un hogar, cuando el corazón es sincero y cuando se trata de gente honesta y trabajadora. El contenido de la obra, así como las reacciones de los personajes, es humano, verosímil, sincero.

Don Osorio es un drama que presenta la odiada figura de ese hombre malo y semisalvaje de la campaña, un verdadero tigre, caudillo cruel y temido por sus instintos de criminal. Cuando lo conocí, me figuré que se trataba de una estampa algo parcial del tirano Rosas; y en su hija Clotilde (la "Chepa") individualicé a una segunda Manuelita... Pero el final es aleccionador. La fiera es vencida y obtiene su merecido. En el lenguaje —como en "Don Segundo Sombra"— se mezclan las expresiones cultas con las gauchescas.

Supe que su hijo Miguel presencié la representación de "Don Osorio" por una compañía local y me refirió que durante una de las escenas (según lo requiere el argumento) sonó un formidable escopetazo... Carranza comentaba ingeniosamente, que era para despertar a los espectadores...

El mejor de los mundos está especialmente adaptada para el cine. Es importante notar que Booz escribe esta obra tomando como base el tema de dos cuentos de "Santa Fe, mi país"; "La sinecura de Don Cristino" (cuadro 1º al 45º inclusive) y "Patria de infieles" (cuadro 46º al 53º). Al final se confunden los personajes de ambas historias. No es la primera vez que esto sucede. En otras ocasiones, vuelve a adaptar un cuento para el teatro, según veremos en seguida.

El asunto Harrison tiene dos actos solamente y alude a la tragedia vivida por el doctor Juan de Dios Valdivieso, juez honesto de conducta intachable hasta que gentes sin escrúpulos obligan a traicionar sus principios morales y su conciencia de profesional, bajo las amenazas de quitarle al nieto, su gran tesoro. En muchos aspectos, y por lo que dice y piensa sobre el trabajo y la familia, el protagonista se asemeja al propio autor. La trama nos conduce a un doloroso y sentido final.

Marido y Mujer ubica la acción en Rosario (actos 1º y 2º) y en España - Galicia (acto 3º). La obra nace de "Doble ardid", cuento de "Santa Fe, mi país". La trama es ingeniosa y original. Prevalcen, al final, los buenos y nobles sentimientos de los que se aman. En la comedia hay mayor número de personajes y de situaciones que en el cuento. El final también difiere. *Un mal sujeto* sirve de presentación y crítica para los entretelones de la política: legisladores deshonestos, chantagistas, aduladores y amigos de los grandes "negocios"... Booz enseña que un detalle, por íntimo que parezca, puede hacer cambiar la vida de un hombre. Encierra la obra altas ideas morales: sobre el honor, la familia, los hijos, la conciencia... El desenlace es sugestivo y emotivo. Las buenas acciones se premian, las infamias se castigan: es la conclusión a que nos hace llegar la lectura de sus páginas.

El pato casero rehace "El pato marrueco", cuento de *Santa Fe mi país*. Tuve en mi poder dos copias escritas a máquina; ambas presentaban correcciones y subrayados hechos por el autor (aunque no son los mismos) y una de ellas está firmada: "Miguel Angel Correa, Tucumán 2812, Santa Fe".

Es ésta, en realidad, una comedia asainetada en cuatro cuadros y con música en escena.

Concluyendo su lectura, puede aplicarse el refrán "No hay mal que por bien no venga"...: la broma de don González benefició a don Serapio Mundo. Además, el sentido final podría bifurcarse en dos ideas contradictorias: es aleccionador, puesto que se premia el trabajo del funcionario responsable y cumplidor y se castiga al falsificador; es poco aleccionador en

el sentido que “el ladrón de aves” —don Serapio— queda impune y enseña a sus hijos en esos menesteres.

Con el título de *Deudas de honor*, Mateo Booz escribe un drama y un acto radiofónico. Estudié los dos ejemplares: escrito a máquina el del acto radiofónico y manuscrito el otro, que presenta correcciones de la pluma del autor. Encierran ambas un valor innegable por su significación: cuando en la vida hacemos un favor desinteresadamente, aun sin saber exactamente a quién, a la larga recibimos nuestra compensación.

Nombraré otra vez de paso su comedia *La obra de papá* (o “El Globo”) de ambiente de periodistas y además *Muerto y Sepultado*, novela escénica en varios actos y cuadros, para concluir con una de sus comedias más reideras: *La venganza del faquir* (que también tiene la forma de un cuento), inspirada en un hecho real: alrededor del año 1928 llegó a Santa Fe una compañía de actores; entre ellos, el faquir Maleiros ejecutaba una prueba que adquiría contornos dramáticos. Se suman las reflexiones de valor sobre el amor, la libertad, la enseñanza. El final es correctivo y advierte sobre el escarmiento que se llevan los “donjuanes”. . . Considero que es una obra digna de ser llevada actualmente a las tablas del teatro argentino, tal vez por un conjunto experimental.

Concluyo que el teatro de Mateo Booz —inédito en su casi totalidad— es un teatro de caracteres, de situaciones humanas y reales, ágil en el desarrollo de la acción, de variada temática, de tintes humorísticos y optimistas en general, y, lo que es muy importante, un teatro aleccionador y que tiende a moralizar.

MARCELA CIRUZZI

Bartolomé Mitre 4483, 8° C, Buenos Aires

